

01/2018

03 de enero de 2018

María Luisa Pastor Gómez

Eneas (Roma), el destino
manifiesto (EE.UU) y el mito del
excepcionalismo

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Eneas (Roma), el destino manifiesto (EE.UU) y el mito del excepcionalismo

Resumen:

El mito fundacional americano tiene un marcado paralelismo con el del Imperio Romano narrado en el famoso poema que Virgilio escribió por encargo del *Princeps* Augusto, La Eneida, en enaltecimiento de Roma. La versión americana de esta epopeya sería el destino manifiesto y su posterior desarrollo en el mito del «excepcionalismo», no en el sentido de *distinción* que le había dado A. Tocqueville en *La Democracia Americana*, sino en el de *mesianismo* que le otorgaron los intelectuales estadounidenses del siglo XIX. El mito del excepcionalismo perdura en nuestros días, como se desprende de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América.

Abstract:

The American founding myth has a remarkable parallelism with that of the Roman Empire narrated in the well-known poem that Virgil wrote on behalf of Princeps Augusto, The Aeneid, in praise of Rome. The American version of the Roman epic would be the manifest destiny and its later development in the myth of "exceptionalism", not in the meaning of distinction that A. Tocqueville had granted in The American Democracy, but in that of messianism given by the American intellectuals of the nineteenth century. The myth of exceptionalism endures nowadays, as it can be gathered from the new National Security Strategy of the United States of America.

Palabras clave:

Mito fundacional, Roma, Eneida, Eneas, destino manifiesto, excepcionalismo, EE.UU

Keywords:

Founding myth, USA, Rome, The Eneida, Eneas, manifest destiny, exceptionalism

Nosotros los norteamericanos tenemos una ventaja sobre las otras naciones: sabemos quiénes somos y qué creemos
Madeleine Albright

Introducción¹

El tiempo presente y las expectativas de futuro de las civilizaciones alcanzan mayor significado si se analizan y explican desde el pasado. Cuando el pasado mítico es heroico, ese legado perdura y confiere a la sociedad una identidad colectiva fuerte sobre la que sustentarse y establecer sus raíces. Al recordar e interpretar el origen, los pueblos comprenden su andadura actual y desarrollan una perspectiva de futuro sobre sí mismos y sobre su mundo. El mito, por tanto, no sólo cobra importancia sino que se convierte en algo trascendental para pueblos y sociedades, ciudades y países, sobre todo cuando se trata de narraciones acerca de su fundación.

Los mitos fundacionales existen desde la Antigüedad. Se conocen grandes mitos clásicos desde Egipto hasta Mesopotamia o Grecia y esos relatos juegan un papel evidente en la configuración nacional. Se trata de elaboraciones a posteriori de lo que se consideran elementos capitales en la identificación del ser nacional, por ello resulta clave su examen. A este respecto, la historiadora Mary Beard² indica que «los romanos no comenzaron su andadura con un grandioso plan de conquistar el mundo, pero acabaron por justificar su imperio con un destino manifiesto, haciendo en retrospectiva que Júpiter profetizara que Roma iba a ser un “Imperio sin límites”».

El mito fundacional romano narrado en la Eneida recoge la clásica leyenda helénica de la Guerra de Troya para fijar su punto de partida. En su poema, Virgilio narra un pasado común para la sociedad, destinado a crear lazos entre la esfera divina y sus antepasados, un canto en honor de Roma. Su personaje central, Eneas, es un caudillo «fracasado» que a instancias de los dioses abandona la arrasada ciudad de Troya, para buscar una nueva tierra de promisión, Roma. Es el esquema del no héroe de partida, que huye de una civilización prestigiosa en decadencia con la misión

¹ Este texto debe mucho a la ayuda del experto en Filología Latina Dr. Jose Joaquín CAEROLS PÉREZ, profesor de Historia de las Religiones, asignatura del Master en Ciencias de las Religiones que imparte la Universidad Complutense de Madrid (UCM)

² BEARD, Mary: “La antigua Roma aún importa”, El País, octubre 2015

divinamente inspirada de fundar una nueva, recogiendo y mejorando lo anterior, y a medida que va viajando evoluciona hasta convertirse en un héroe inesperado.

De un modo similar, los primeros colonos que llegaron a América en el *Mayflower*, que eran unos perseguidos -la mayoría por cuestiones religiosas-, en su tierra, Inglaterra, surcaron los mares huyendo de la presión que sufrían para, a través del esfuerzo personal y siempre guiados por la providencia, forjar una nueva civilización en paz y en libertad, una sociedad mejor que la que dejaban atrás. Esta idea fundacional es la que más adelante en el tiempo daría forma al conocido modelo de pensamiento del destino manifiesto, el que aportó la justificación ideológica de la epopeya del Oeste y la del expansionismo de EE.UU del siglo XIX. A partir del siglo XX, esta ideología ha experimentado una deriva hacia lo que se ha dado en llamar el Excepcionalismo americano, un concepto que trata de mostrar que se trata de una nación con una misión redentora en el ámbito internacional y que ha supuesto un impulso sostenido que guía y explica la política exterior de los EE.UU, tanto para la paz como para la guerra.

Octavio Augusto y la Eneida

Contextualizando la figura de Octavio, es interesante destacar que inició su andadura pública a los 19 años de edad, no como un héroe al uso sino de un modo no previsto, después de que su tío y padre adoptivo, Gayo Julio César, fuera asesinado en el año 44 a. C. y la persona llamada a sucederle, Marco Antonio, formara parte del Triunvirato durante unos años, pero terminara por quitarse la vida en el año 33 a.C, tras ser derrotado, junto con Cleopatra, en la batalla de Accio, en la costa occidental de Grecia. A partir de entonces, César Octaviano obtuvo el poder absoluto y posteriormente se le otorgó el título de Augusto.

Las circunstancias de los años posteriores a la muerte de Cesar fueron muy convulsas por la guerra civil que éste había iniciado contra los representantes de la vieja República, con Pompeyo Magno a la cabeza. Terminada la contienda, después de 18 años de larga lucha, Octaviano, este líder improbable que acabaría siendo reconocido como «dux fatalis», «logró pacificar Roma e imponer una solución política intermedia que había sido formulada años atrás por Cicerón, consistente en la instauración de una tercera vía, el Principado. Con ello se produjo un cambio político trascendental de la

mano del nuevo *Princeps*, que puso fin a un régimen, el republicano, que había gobernado los destinos de Roma durante casi cinco siglos, y se asentaron los cimientos de otro nuevo, el Principado, más apto para articular el complejo entramado político y administrativo de lo que ya era, en términos territoriales, un Imperio»³.

Ante la necesidad perentoria del nuevo régimen de elaborar y ofrecer a la ciudadanía romana una imagen nueva y atractiva, que legitimara el cambio y suscitase una adhesión amplia en torno al mismo, Octavio Augusto apeló a la idea de un destino formulado en el alba de los tiempos de Roma, un destino que fundía en una sola la historia de la ciudad, la de su antecesor mítico y la de su reciente salvador y nuevo fundador. Para ello, el *Princeps* instó a su «ministro» de cultura y propaganda, Mecenas, a que encargara la composición de un poema destinado a legitimar y dar lustre al nuevo régimen ante la opinión pública y lograr el rearme moral del pueblo de Roma, muy desanimado tras un siglo de guerras civiles»⁴.

Mecenas le trasladó el encargo a Virgilio, solicitándole la realización de un canto a la glorificación de Roma y de su nuevo gobernante, Octavio Augusto. De ese modo, se satisfacía la doble finalidad del nuevo mandatario de proyectar, a nivel interno, una apología del recién establecido régimen, mientras que, a nivel externo, se enviaba a las colonias un mensaje sobre la superioridad material y moral de la civilización romana.

«Virgilio ideó una composición en la que se reivindicaban las raíces troyanas de Roma para cantar la gloria de Octaviano, pero en lugar de una “Augusteida”, escribió una Eneida en la que se ensalzara la figura del antepasado mítico del primer fundador de Roma, Rómulo, y, a través de aquél, a la propia Roma al tiempo que al nuevo líder de la nación, Octaviano, el segundo Rómulo que ha salvado a Roma y, por ello, la ha fundado otra vez»⁵.

A lo largo de XII libros, el poeta se concentró desde el año 29 a.C hasta el 19 a.C, en componer, sobre la base de las dos epopeyas más gloriosas de los griegos, La Iliada y La Odisea, un poema épico, en el que mezcló, a la manera de los grandes mitos griegos, la leyenda con la realidad, en el que los protagonistas aparecían como héroes de grandes hazañas que se entremezclan con la intervención de los dioses y con elementos trágicos conducidos por la acción de la fatalidad del destino.

³ Profesor JJ.CAEROLS

⁴ Ibid

⁵ Observación profesor CAEROLS, JJ

El héroe de Virgilio, Eneas, hijo de un humano, Anquises y de una diosa, Afrodita, aparece en el relato de Virgilio como el prototipo del romano y como el iniciador de una historia gloriosa que culminará con Augusto. La peripecia de Eneas se sustancia en el relato de un viaje, azaroso y no exento de pruebas y peligros, que lo arrastra por el Mediterráneo, alejándolo de los fuegos que arruinan su patria troyana en pos de una tierra para él desconocida, que resultará ser la de los latinos, futuro asiento de Roma. Eneas logra escapar con vida de la ciudad en llamas, Troya, junto con su débil padre, cargado al hombro, su hijo Ascanio asido de la mano, y los pocos troyanos que sobrevivieron a la invasión y, a instancias de los dioses, inicia una andadura cuyo objetivo se le va desvelando poco a poco mediante los sueños, donde se le proporcionan las pistas que le van guiando hacia su establecimiento final, Roma, dando así cumplimiento a esta misión encomendada por la divinidad.

En el primero de los sueños, Héctor tras exhortar a Eneas a que salga de Troya, le desvela que será el fundador de una ciudad amurallada y edificada bajo el auspicio de los dioses troyanos. «Este augurio se repite en el tercero de los sueños de Eneas, cuando ya muerto su padre, Anquises, su espectro le hace ver que su viaje tiene un verdadero sentido y que realmente existe una tierra que aguarda por él y su gente⁶» .

En el quinto sueño, el viejo dios Tiberino, le indica a Eneas que ya puede dejar de buscar, pues ya ha llegado a la tierra que le fue prometida por los dioses, al lugar donde su estirpe florecerá nuevamente. [Eneida, Libro VII, 120-127]

«¡Salve, tierra que el hado me tenía reservada! Y vosotros también,
salve, fieles penates de mi Troya! Éste es el paradero.

Aquí está nuestra patria. Mi padre Anquises

-ahora lo recuerdo- me fio este secreto del destino:

-«Hijo, cuando llegado a ignotas playas, una vez consumidos los manjares,
te fuerce el hambre a devorar las mesas, por cansado que te halles, espera
encontrar allí morada,

y no te olvides de poner con tus manos los cimientos de la ciudad

y de montar sus muros de defensa».

⁶ HERRERA VALENCIANO, Minor

Con este desenlace satisfactorio para el protagonista del relato, la Eneida se convierte en una de las más conspicuas declaraciones programáticas de Augusto. «A través de su héroe, Virgilio no sólo logra dotar de un pasado prestigioso al Imperio de los romanos, sino también, y tanto o más importante, establecía la equiparación Eneas - Roma - Augusto, asentando así uno de los más poderosos conceptos que legitiman los regímenes monárquicos, a saber, que el rey es el pueblo y el pueblo es el rey y, por tanto, que sus destinos están unidos indisolublemente: atentar contra el rey, por tanto, es equivalente a atentar contra el pueblo»⁷.

La epopeya americana

En el caso de los EE.UU, también se ha producido una elaboración a posteriori de los rasgos definitorios nacionales; su construcción como nación se realizó, como cualquier otra, de forma acumulativa a lo largo del tiempo y también estuvieron presentes las narrativas de sentido que entendemos como mitos. El mito fundacional equivalente a la Eneida en EE.UU es el del destino manifiesto, el cual guarda una estrecha relación con el relato mítico de Virgilio, a pesar de la lejanía existente entre ambos, en términos de espacio y tiempo.

Los romanos, mostrando una especial destreza en el arte de gobernar, crearon un imperio plural, compuesto de varios pueblos, y supieron asumir lo mejor de cada uno de ellos, terminando por aceptar otorgarles la nacionalidad. De un modo similar, América se abrió también a la diversidad de flujos sociales y asimiló diversas culturas y etnias, aunque solo europeas, al principio, y posteriormente asiáticas, con la llegada de nuevas oleadas migratorias. Pero, «¿cómo aportar una estructura social a una sociedad que es una amalgama compuesta por diversos pueblos y diferentes pasados y creencias? La respuesta es, proporcionando una mitología basada no sólo en el pasado sino con visión de futuro al mismo tiempo»⁸.

⁷ CAEROLS, J.J

⁸MEINECK, Peter, "Manifest Destiny: Roman and American", en *Classical Mythology: The Romans*, The Modern Scholar , 15 April, 2011

Así lo hicieron los romanos y de un modo similar, también los americanos de Nueva Inglaterra, quienes tuvieron una vez su destino manifiesto y miraron hacia el pasado, a los peregrinos que arribaron a partir de 1620 con la llegada del *Mayflower* y a los padres fundadores de la patria, con la esperanza de encontrar una vida mejor, una “nueva Jerusalén” donde vivir en libertad. Esta acción se corresponde con la de Eneas al abandonar Troya para fundar Roma; ambas iniciativas se realizaron a instancias de la providencia, quedando, por tanto, protegidas por la divinidad.

“EE.UU nació como Nación-Estado de forma tardía y la búsqueda de sus rasgos propios supuso un choque con las tradiciones europeas heredadas; se refundó buscando alejarse de los modelos europeos de los que procedía”⁹. Como posteriormente explicaría el historiador Frederick Jackson Turner en su seminal artículo "The Significance of the Frontier in American History", publicado en 1893, el país ansiaba una identidad propia y la frontera fue la que dibujó su historia:

«Al principio la frontera era la costa atlántica. Era la frontera con Europa en un sentido muy real. Al moverse hacia el Oeste, la frontera se vuelve cada vez más norteamericana... Así, el avance de la frontera significa un continuo alejamiento de la influencia de Europa, una firme progresión hacia la independencia.

La disposición general de los norteamericanos a emigrar hacia las tierras vírgenes del Oeste para ampliar su dominio sobre la naturaleza inanimada, es el resultado real de un poder de expansión inherente en ellos y que lanza constantemente una parte de la población total hacia los confines externos del Estado, con objeto de ganar espacio para su desarrollo. Apenas se ha constituido un nuevo estado o territorio cuando vuelve a manifestarse el mismo principio, dando lugar hacia otra emigración; y así sucesivamente hasta que al fin una barrera física detiene el avance: el verdadero El Dorado siempre parece estar más adelante».

⁹ CASPISTEGUI, F.J. “El nacimiento de una nación como crisis cultural: Estados Unidos 1919-1941, Memoria y Civilización (M&C), 10, Universidad de Navarra 2007

Elementos de la ideología del destino manifiesto y fases de desarrollo

Aunque el destino manifiesto no tomó su nombre como tal hasta mediados del siglo XIX, su esencia estuvo presente y fue impregnando la identidad nacional prácticamente desde la llegada de los primeros colonos. Su sustento ideológico lo constituía el elemento teológico aportado por el puritanismo de los siglos XVI y XVII. El destino manifiesto fue adoptando diversas formas, a medida que se fue nutriendo del discurso de distintos pensadores y corrientes ideológicas. En su fase inicial, abarcó el mito de la «unlimited America», que hablaba de la gran capacidad emprendedora del pueblo americano. Otro elemento constituyente de esta doctrina ha sido el ya mencionado mesianismo o condición de pueblo elegido. También es un rasgo característico su deriva en la doctrina del excepcionalismo, según la cual los valores americanos, el sistema político y la historia de EE.UU son únicos y susceptibles, por tanto, de ser admirados universalmente.

En la primera mitad del siglo XIX, los gobiernos de la denominada era Jacksoniana (1829-1849) realizaron una reevaluación de la doctrina ilustrada, en la que consideraron el funcionamiento de sus instituciones republicanas y el crecimiento económico y poblacional de sus cuatro décadas de expansión continua, entre otros, y concluyeron en que la dirección de la historia estadounidense apuntaba hacia un futuro “glorioso”, hacia el progreso en donde predominaba el “destinarían thinking” que se reflejó en las obras de pensadores como el filósofo Ralph Waldo Emerson, que se expresa en forma idealista y nacionalista sobre el desarrollo histórico de su país:

«El nacimiento de nuestra nación significó el comienzo de una nueva historia. La formación y el progreso de un sistema político que no había sido aplicado, el cual nos separa del pasado y nos conecta al futuro; hasta el momento y de acuerdo a lo observado, el desarrollo entero de los derechos naturales del hombre en lo moral, en lo político y en la vida nacional se encuentra representado en EE.UU. Nosotros confiadamente podríamos asumir que nuestro país está destinado a ser la gran nación del futuro»¹⁰

¹⁰ EMERSON, R. W. (America is the country of the future”, Norman Graebner (edit.), Manifest Destiny, The American Heritage Series, 1968

También el poeta Walt Whitman y otras figuras pertenecientes al llamado «Renacimiento Americano», compartían y difundían el antieuropeísmo como rasgo distintivo de la nueva mentalidad nacional. Whitman era de la opinión de que el pueblo norteamericano no debía imitar a la civilización europea, porque era ajena a la realidad de los Estados Unidos, antes bien la fuente de inspiración de la cultura estadounidense debía emanar de la propia naturaleza americana. Whitman exaltaba todas las regiones de Norteamérica pero especialmente los territorios del Oeste, pues estaba convencido de que ahí nacería la auténtica cultura estadounidense. La costa Este representaba el pasado porque se había desarrollado bajo la sombra de Europa; en cambio, el futuro se encontraba en los territorios por explorar. En 1846 dicho poeta escribía:

«Nos encanta disfrutar con pensamientos acerca de la futura extensión y poderío de esta república, porque con su crecimiento, crecen la felicidad y libertad humanas».

La primera oleada del destino manifiesto fue la extensión del territorio por todo el Oeste entre Rio Grande y Canadá. Las campañas indias y la guerra con México completaron el primer acto. El político y editor del *Morning Post* de Nueva York, John O'Sullivan, escribió en 1845: *Es nuestro destino manifiesto el extendernos y tomar posesión de todo el continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo de este gran experimento de la libertad*. La expresión “manifest destiny” se popularizó inmediatamente y al año siguiente llegó al Congreso, a través del portavoz de la Cámara, Robert C. Winthrop, quien en un discurso pronunciado en relación con la disputa con Inglaterra por el territorio de Oregón se refirió al «derecho de nuestro destino manifiesto a expandirnos por todo el continente»¹¹

En las dos últimas décadas del siglo XIX, se produjo una segunda oleada del destino manifiesto con el surgimiento de una serie de intelectuales que también reivindicaban ese destino que consideraban «evidente», como es el caso del historiador John Fiske (1842-1901), quien aportó nuevos tintes al tema justificatorio de la expansión por el continente, en base a su creencia en la superioridad racial de los anglosajones.

¹¹ PRATT, J.W, “The Origin of “Manifest Destiny”, disponible en <https://academic.oup.com/ahr/article-abstract/32/4/795/24715?redirectedFrom=PDF>

Pero la inclusión del supremacismo la desarrollaría con más intensidad el reverendo Josiah Strong, quien a través de su obra «Our Country», se convirtió en el mayor difusor de la doctrina del destino manifiesto. Aunque la intencionalidad inicial de Strong era escribir el libro para promocionar la misión protestante, su obra tuvo una gran repercusión en el país y las ideas de supremacismo racial allí vertidas permearon en la sociedad, convirtiéndose este libro en una especie de biblia para sus seguidores.

Finalmente, el capitán de navío Alfred Mahan completaría esta serie de escritos con la publicación de su libro *The Influence of Sea Power Upon History*, en 1890. En su obra, Mahan exponía que la extensión del poder continental pasaba por el necesario control de los océanos y pasos internacionales marítimos, lo que requería de una poderosa flota, no sólo militar sino también mercante, que facilitara el transporte de los excedentes de producción que por entonces ya acusaba el país. Desde esa concepción planeó la necesidad de construir un canal en Centroamérica y bases navales en el Caribe, como paso previo a la apertura de dicha vía interoceánica y como iniciativa indispensable para transformar a los EE.UU en una superpotencia.

Tanto Mahan como Fiske alababan el antiguo imperio romano al que miraban como una eficaz agencia para la paz, sustentada sobre el imperio de la ley y en el que veían el desarrollo histórico como un conflicto entre la civilización conquistadora y la barbarie. Ambos pensadores consideraban la marcha expansionista como un proceso natural e irreversible, donde triunfaría la raza anglosajona. Por su parte, el senador de Indiana, Albert Beveridge, proclamaría en un discurso pronunciado en el año 1900 que:

«Dios no ha ido preparando durante años a los pueblos teutónicos y de habla inglesa para nada más que una vana autoadmiraación. No; Él nos ha hecho los organizadores del mundo a fin de instituir el orden allí donde reina el caos. Nos ha dado el don de gobernar para que demos un gobierno a los pueblos salvajes y seniles. Sin esta fuerza nuestra, el mundo recaería en la barbarie y la noche ...Dios ha designado al pueblo norteamericano como su nación elegida para comenzar la regeneración del mundo»¹².

Aunque la doctrina del Destino Manifiesto se interpretó especialmente en relación con la conciencia religiosa y la expansión territorial, con el tiempo, el sesgo religioso se iría armonizando estrechamente con el impulso mercantil, para confluir en el

¹² Apud AVILA TOLEDO, Norberto, "La política exterior del Imperio", Noticias de América Latina y el Caribe, 22 septiembre 2008, disponible en <http://www.surysur.net/la-politica-exterior-del-imperio/>

protestantismo del Éxito, y también aparecerían otro tipo de destinos, como el de convertirse en potencia mundial, tanto a nivel militar, como industrial, tecnológico, económico, deportivo, así como en artes y ciencias.

Otras consideraciones

Existe una estrecha relación entre los dos relatos míticos descritos a lo largo de este artículo, tanto en la intencionalidad como en el cumplimiento de un designio divino y en la idea de una nación destinada a una gran misión, no para sí, sino para el beneficio de la humanidad. Lo que sería más discutible en el caso estadounidense es el equivalente a la idea del líder predestinado que encarna Augusto. «Como observó Leo Strauss: “Los Estados Unidos de América es el único país del mundo que fue fundado en explícita oposición a los principios maquiavélicos”, al poder del Príncipe»¹³. Ciertamente es que este Príncipe maquiavélico tiene su referente y modelo en el monarca de nuevo cuño que encarna Fernando de Aragón, el Rey Católico, pero no lo es menos que uno de sus referentes indirectos es precisamente Augusto, cuya concepción del poder discurre próxima a los postulados del florentino. Sólo teniendo en cuenta este principio es posible entender el complejo entramado institucional estadounidense, que busca limitar el poder a toda costa a través de los mecanismos de *checks and balances*, previstos por la Constitución.

Por ello, a la hora de elogiar la historia de los EE.UU y sus ideales democráticos se recurrió a la realización de una escultura en el Monte Rushmore (en las Black Hills¹⁴), el monumento por excelencia al mito del destino manifiesto, en el que quedaron inmortalizados no uno sino cuatro presidentes de los EE.UU, los que se estimó representaban mejor esos valores ilustrados y habían demostrado tener una proyección más expansiva. Este último aspecto «recuerda más que a Augusto a los grandes generales romanos en cuyos epitafios figuraba la inscripción: *fines imperii prorogavit*, es decir, los que más habían contribuido a “ensanchar las fronteras del imperio”, uno de los elogios que más les podían ennoblecer, según referencia de Cicerón (*Re.3.24*)»¹⁵.

¹³ Apud, NÚÑEZ-ROBRES PATIÑO, Fernando, El Excepcionalismo Americano frente a las teorías Schmittianas, ICADE, Universidad de Comillas, Madrid 2014.

¹⁴ Colinas de carácter sagrado para los Sioux Lakota

¹⁵ Observación del profesor CAEROLS.

De hecho, la elección de esos presidentes como Padres Fundadores de la patria se debe, en opinión de J.A. Ortega¹⁶, a que George Washington fomentó intensamente la exploración del entonces desconocido y promisorio Oeste; Thomas Jefferson duplicó el territorio norteamericano con la compra de la Luisiana y promovió la colonización del Oeste; Abraham Lincoln mantuvo la cohesión de la Unión y, finalmente, Theodore Roosevelt, se había hecho eco de las observaciones de A. Mahan sobre la necesidad de desplegar el poderío naval del país y construir el Canal de Panamá, con lo que se cumplió el sueño de contar con una vía interoceánica. De estas cuatro figuras, quizá la más destacable sea la de T. Jefferson, autor de la Declaración de Independencia y tercer presidente de los EE.UU, que fue el que tenía más in mente que su país sería una gran nación, del mismo modo que su personalidad ofrece por sí misma una síntesis primera, arquetípica, del hombre americano y del fenómeno mismo de Norteamérica como algo *excepcional*.

Conclusiones

El problema de que los Estados Unidos sigan instalados en la idea del excepcionalismo, viéndose como una nación destinada a jugar un papel esencial y universal en el tablero mundial es que esa no es la realidad, como señalan algunos intelectuales, sino que se trata casi de un mito. Así y en opinión del profesor de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Harvard, S. Walt¹⁷:

«Los EE.UU tienen ciertas cualidades únicas, tales como un alto grado de religiosidad o una cultura política que privilegia la libertad individual... pero enfocándose en sus supuestas cualidades excepcionales, los EE.UU no se ven realmente como son, por lo demás muy similares a cualquier otra nación de la historia.

Esta fe incuestionable en el excepcionalismo tampoco ayuda a los EE.UU a entender por qué otros países no se muestran tan entusiastas acerca de su dominación en el mundo y se irritan por lo que ven como una hipocresía en aspectos relativos a las armas nucleares o a su tendencia a condenar la

¹⁶ ORTEGA MEDINA, Juan Antonio, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*. México, CNCA, Alianza Editorial Mexicana, 1989

¹⁷ WALT, Stephen M., "The Myth of American Exceptionalism", Foreign Policy. disponible en <http://foreignpolicy.com/2011/10/11/the-myth-of-american-exceptionalism/>

conducta de otros países, ignorando la propia. Irónicamente, la política exterior de EE.UU sería más efectiva si los americanos no estuvieran tan instalados en esa fe y tan convencidos de sus propias y únicas virtudes.

En suma, lo que necesitamos es un análisis más realista y crítico sobre el verdadero carácter de Estados Unidos y sus contribuciones al mundo. Creer que se tiene un mandato divino es muy peligroso, porque se corre el riesgo de creerse infalible y optar por gobernantes ineficaces. La idea de nación única y virtuosa podrá confortar a los americanos, pero no es conveniente, porque no es cierta»¹⁸, concluye Walt.

En definitiva, del mismo modo que el Imperio romano sobrevivió de una u otra forma casi 2.000 años, hasta la caída de Constantinopla, en 1453, para luego adaptarse a los nuevos tiempos, el experimento político norteamericano también tendrá que atravesar por cambios profundos si quiere seguir siendo históricamente viable. De momento, estos cambios no se vislumbran, a juzgar por el sesgo de la Estrategia Nacional de Seguridad presentada el pasado 18 de diciembre, la cual ha sido contestada por representantes de los gobiernos ruso y chino por su énfasis en el excepcionalismo americano.

La citada Estrategia se basa en 4 pilares:

1. *Proteger la patria, el pueblo estadounidense y el estilo de vida estadounidense*, lo que indica un retroceso hacia el aislacionismo propio del siglo XIX, la época de esplendor del destino manifiesto
2. *Promover la prosperidad estadounidense con el desarrollo de una economía proteccionista que sustente su sistema de vida y el poder de los EE.UU y que no tolere lo que el presidente Trump califica de abusos comerciales crónicos* (ruptura del Trans Pacific Partnership con los países de Asia-Pacífico y revisión del Tratado de Libre Comercio con México)

¹⁸ En el citado artículo, S. WALT desmitifica los 5 mitos del excepcionalismo americano que él identifica: 1/: No hay nada excepcional en EE.UU y su comportamiento no es diferente al de otras potencias. 2/: Los EE.UU no se son el faro moral que pretenden ser. 3/: El éxito de América no se debe a su genio especial o destino manifiesto, sino a la suerte de poseer un territorio grande y con abundantes recursos naturales, así como a su ubicación, alejada en el pasado de las contiendas de Europa.4/: Los EE.UU no son los responsables de casi todo lo bueno que hay en el mundo, antes bien es necesario reconocer el positivo papel desarrollado por otros países e instituciones. 5/: Dios no está de nuestra parte; EE.UU no es un pueblo escogido por Dios ni tiene una misión divina que cumplir; los americanos deberían preguntarse, al igual que hizo admonitoriamente Abraham Lincoln, “si nosotros estamos del lado de Dios, no si Dios está de nuestro lado”.

3. *Preservar la paz con la fuerza* para proteger los intereses nacionales, utilizando todas las herramientas del arte de gobernar
4. *Incrementar la influencia estadounidense*, «como una fuerza para el bien, para promover nuestros intereses y beneficiar a la humanidad»

La exposición del presidente Trump evidencia que de momento no existe intención alguna de superar el excepcionalismo y adaptarse a los tiempos de cambio, un devenir que en opinión de G. Rachman¹⁹ sería el que «demostraría la viabilidad del país a futuro». Así las cosas, el mito fundacional estadounidense tratado en la primera parte de este artículo corre el riesgo de quedarse anclado en el Mito de la Caverna, de Platón, e instalado erráticamente en el mundo de las sombras, pensando por desconocimiento que se trata del mundo de la realidad.

*María Luisa Pastor Gómez
Consejera Técnica
Analista del IEEE*

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Análisis* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

¹⁹ RACHMAN, Gideon, "From American Exceptionalism to American Declensionismo", Foreign Policy, 24 April, 2012.